

América en la poesía de José María Souvirón

José María Souvirón (1904-1973), en su libro *Poesía entera*¹, recoge aquella parte de su producción poética en que piensa se reflejan mejor los acontecimientos importantes de su vida o las aspiraciones íntimas de su propio ser. Ya en la «Nota preliminar» que antecede a la antología se anuncia que el escritor ha agrupado en ella la labor poética de cincuenta años que «señala la constancia y la evolución, el trabajo y el deleite de casi toda una vida», y él mismo expresa que «volviendo a leer mi obra, desde aquellos versos de mis dieciocho años hasta los de mis sesenta y tantos, he sentido las más diversas emociones: nostalgia, alegría, cansancio, duda, satisfacción. Apenas un poco, muy poco, de tristeza»². Pueden notarse mejor esas emociones al adentrarse en la lectura de *Poesía entera*, en que por orden cronológico desde los primeros poemas de *Górgola*³, redactados siendo Souvirón todavía un adolescente, hasta *El desalojado*⁴, exponente de un experimentado y adiestrado poeta, narra el viaje oceánico hacia la desconocida América.

Souvirón formó parte del grupo compuesto por Luis Felipe Vivanco, Dionisio Ridruejo, Luis Rosales y Leopoldo Panero, conocido en un concepto amplio como el de la «Generación de 1936». A todos sus miembros, además de unirles una gran amistad, les atrajo poéticamente «su acercamiento a la obra y actitud poética de Antonio Machado»⁵. Aunque Souvirón por su «nacimiento antecede a los compo-

¹ JOSÉ MARÍA SOUVIRÓN, *Poesía entera, 1923-1973*, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1973, 405 pp.

² *Poesía entera*, pp. 7.8.

³ JOSÉ MARÍA SOUVIRÓN, *Górgola*, Imp. Manuel Molina, Málaga, 1923.

⁴ JOSÉ MARÍA SOUVIRÓN, *El desalojado*, Editora Nacional, Madrid, 1969.

⁵ LUIS LÓPEZ ANGLADA, *Panorama poético español* (Historia y antología, 1939-1964), Editora Nacional, Madrid, 1965, 681 pp. (p. 44).

nentes de este grupo... su amistad entrañable con los anteriores y muchos puntos de contacto en su concepción y desarrollo de la poesía, hace que se estudie comúnmente entre ellos»⁶. Esta amistad y comunidad de intereses en la poesía fue estrecha con Luis Rosales y Leopoldo Panero durante los años en que los tres pertenecieron al Instituto de Cultura Hispánica, hoy día Instituto Iberoamericano de Cooperación. Allí, de cara a América, Souvirón fue subdirector de la revista *Cuadernos Hispanoamericanos* cuando Rosales la dirigió y otro poeta, José García Nieto, posteriormente director de *Mundo Hispánico*⁷, ejercía el puesto de secretario. En el Instituto desempeñó durante años la dirección de la cátedra «Ramiro de Maeztu» y publicó algunos de sus libros de mayor relieve, como el ya mencionado *Poesía entera* y una obra en prosa, *El príncipe de este siglo, la literatura moderna y el demonio*⁸. El poeta encontró en el Instituto, después de su vuelta de Chile, donde residió largo tiempo y dio a conocer parte de su producción literaria, la continuación de su aventura americana. En este aspecto, los tres poetas, Souvirón, Panero y Rosales, constituyeron un grupo especial, en la actualidad disminuido con la muerte de Souvirón en 1973 y la de Leopoldo Panero en 1962, dentro de la totalidad de los miembros de la «Generación de 1936». Los tres poetas del Instituto han cantado a América en sus composiciones bajo diferentes aspectos, resaltando facetas distintas. No obstante, en su empeño americanista no se conformaron sólo con esta actividad, sino que quisieron aportar, asimismo, su esfuerzo personal, desempeñando diversos puestos importantes en un organismo dedicado a mantener lazos culturales permanentes con otros países de la misma lengua. En el Centro se les veía frecuentemente acompañados y en tertulia con otros poetas de América. Eduardo Carranza, el poeta de Colombia, en su libro *Los pasos cantados*⁹, dedicó a Souvirón el poema «Penumbra», en el que alude a las dos orillas, es decir, América y España:

Era en ese momento
en que la una orilla
del alma baña, incierto,
el claro despertar,
y baña la otra orilla
la luz lunar del sueño...

⁶ *Panorama poético español*, p. 48.

⁷ *Mundo Hispánico* ha dejado de publicarse coincidiendo con el comienzo del año 1978.

⁸ JOSÉ MARÍA SOUVIRÓN, *El príncipe de este siglo, la literatura moderna y el demonio*, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1967, 309 pp.

⁹ EDUARDO CARRANZA, *Los pasos cantados*, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1970, 302 pp.

Entonces alguien dijo,
con un dormido acento
de voz mía, de voz suya,
casi llorando, esto:
Deja que todo sea
como lo quiera el viento.

Juan Luis Panero, uno de los hijos de Leopoldo, le dedicó también una de sus composiciones poéticas, «Era la noche en Roma»¹⁰, en que se insinúa, quizá, su espíritu viajero al expresar:

Viajero desde una extraña geografía,
en su quietud sentías crecer la vida,
junto al pasar del agua,
frente a la dura eternidad de la piedra.

En estos poemas, debidos a la sensibilidad de poetas de ambas orillas de los continentes americano y europeo, notamos en seguida palabras que pueden aplicarse al quehacer de Souvirón y que destacan por sí mismas. Así aparece en el primer verso de la composición de Panero:

Viajero desde una extraña geografía,

viajero, ya que desde sus primeros poemas Souvirón habla de sus escapadas fuera de España, e incluso en la pequeña introducción a la selección que hace de *Górgola* dice al final que «desde lejos me gusta su sabrosa ingenuidad, cierto infantilismo que, por lo que veo al cabo de medio siglo, aún no he llegado a perder del todo, a pesar de los años corridos y *las leguas recorridas*»¹¹. Los versos de Carranza:

en que la una orilla
del alma baña, incierto,
el claro despertar,
y baña la otra orilla

recuerdan las vagas ansias de su adolescencia que se relacionan con sus propios versos, cuando en «Alborada» describe el despertar del puerto de Málaga:

Cristal del mar esmerilado,

¹⁰ JUAN LUIS PANERO, *A través del tiempo*, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1968, 87 pp.

¹¹ *Poesía entera*, p. 13. El subrayado es nuestro.

El mar se ha lamido la cara
y ha vuelto de nuevo a cantar.

...

Después se ha puesto colorado.
El sol lo cogió sin vestir.
Ya salen las velas del puerto...
Sublime tintero con tinta de añil.

Un barco ha pitado de broma,
el otro se fuma un gran puro.
Se nota muy bien porque sopla
y arroja un prodigio de humo¹².

Es el deseo del poeta, como pensamiento inconsciente, tratar de relatar, probablemente, el significado de la iniciación de un viaje y la ida a través del océano, al otro lado, a la otra orilla, como dice Carranza. En este sentido, Málaga, la tierra natal de Souvirón, constituye el punto de partida que ofrece la posibilidad de realizar esos ideales viajeros. Es una Málaga en que la pasión del viaje, de descubrir lo desconocido, se mezcla con un emprender literario y, en especial, poético. Así puede apreciarse en el pequeño recuerdo que escribió en *Poesía española* a la revista *Litoral*, creada en 1926 por Emilio Prados y Manuel Altolaguirre, y de la que ellos mismos fueron los directores. Nos cuenta Souvirón que *Litoral*, con sus ediciones, fue uno de los monumentos más claros y nuevos de la poesía española de aquellos años. De allí salieron los primeros libros de Aleixandre, Cernuda, Prados, Hinojosa, Altolaguirre (y mi «Conjunto»), y los segundos de Bergamín, García Lorca y Alberti¹³. Pero Málaga la lleva clavada en el corazón, aunque con un clamor callado que estalla de regocijo melancólico al volver definitivamente a España en 1953, después de su ausencia americana. Así Málaga vuelve a representar la felicidad:

En el recuerdo eras hermosa y feliz, tierra,
y al regresar seguiste siendo hermosa.
Recuperarte fue como un cambio: nos dimos
mutuamente. Yo a ti, ciudad, la vida
que había dejado atrás, lejos de ti, por esos lentos mundos;
y tú a mí la presencia de un tiempo no gastado¹⁴.

Málaga representa, pues, el punto inicial y nostálgico de lo desconocido, el recuerdo, y, asimismo, el punto final de una vuelta definitiva. Entre esos dos momentos, la ida y la vuelta, apreciamos en la

¹² *Ibid.*, p. 17.

¹³ JOSÉ MARÍA SOUVIRÓN, «Litoral», *Poesía española*, Madrid, agosto-septiembre 1963, pp. 13-14.

¹⁴ *Poesía entera*, p. 211.

poesía de José María Souvirón un anhelo de camino, de viaje «por encontrar sus verdaderos valores a la vida», o como él mismo expresa al hablar de la literatura contemporánea: «Junto a las más cerradas tinieblas encontramos un afán para salir de ellas»¹⁵. Con ello parece indicar la busca de la senda que le llevaría invariablemente a América. A todas las selecciones de libros agrupados en *Poesía entera* les antecede una pequeña nota explicativa. En la de *Fuego a bordo*¹⁶ recuerda su llegada a París en 1931 y su encuentro en la estación de Austerlitz con Manuel Altolaguirre, que le esperaba para introducirle en algunos círculos del ambiente surrealista del momento. En la capital francesa sintió un intenso amor que cambió profundamente su vida, con largas consecuencias. Siguiendo a esa mujer, llegó hasta Chile, país en el que vivió varios años y en el que nacieron sus hijos¹⁷.

Resultado de ese viaje fue la aparición de su libro *Fuego a bordo*, expresión de sus experiencias del distante caminar hacia América. Este poema representa, casi paso a paso, el relato de la travesía, esforzada por un gran amor:

Te quiero como el mar quiere a la tierra.
Unas veces caricia, serenidad, espuma
que resbala. Otras veces embate, choque, fuerza.
Pero siempre querer, siempre buscar
lo que se ama. Llegar y abrazar. Siempre
ir hacia ti...¹⁸.

El mar en el que el barco marca un surco camino de su destino americano tiene en este libro, como es natural, un puesto destacado. Además de las «Estampas de paisajes lejanos recordadas en el mar», en «Silencio» la brisa bajo la luna clara produce

Extrañas
inquietudes volando
entre azules distancias¹⁹.

Más adelante, todavía en el mismo libro, el mar se nos revela como soledad, sosiego, como lugar para recordar estampas que han quedado impresas en el corazón o en la memoria de Souvirón. También sirve al poeta como recurso para imaginar tierras que no conoce, como «Florida»:

¹⁵ *El príncipe de este siglo, la literatura moderna y el demonio*, p. 9.

¹⁶ JOSÉ MARÍA SOUVIRÓN, *Fuego a bordo*, Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1932.

¹⁷ *Poesía entera*, p. 46.

¹⁸ *Ibid.*, p. 45.

¹⁹ *Ibid.*, p. 70.

Siento el recuerdo
de la Florida que no he visto nunca ²⁰,

o como «las olas», que al romper contra el casco del barco pueden volver

a su mar del Japón, donde la luna
(farol de barco japonés hundido
al mismo tiempo en varios oceanos)
aún sigue ardiendo, amarillenta y tibia
para alumbrar las actinias ignoradas ²¹.

En *Fuego a bordo* aparecen ya dos composiciones dedicadas a Hispanoamérica, concretamente una a Cuba y otra a Panamá. En esta última, «Canal de Panamá», los dos océanos se saludan, apretándose metafóricamente las manos en medio de las esclusas:

Las manos de los dos mares
se saludan en el centro.
Ni una brizna ni una espuma
despiertan en el sosiego ²².

En el primero, «Habanera desde el barco», crea con sus versos un vago sueño de ritmo, cante y bailes cubanos:

Compás de playa y danzón
y sombra azul del mamey.
Acordeón
con un compás de siboney ²³.

Fuego a bordo es un amplio espectro del sentir del poeta durante el tiempo de la navegación hacia Chile. Todo lo que ve, lo que siente e imagina durante los días que pasa en el «silencio» del mar está desplegado aquí. A su carácter tranquilo el mar le sirvió para «achicar» su corazón y contar el pasado sin añorarlo esperanzado en el futuro. Y así llega el día en que vuelve a divisar tierra. Una tierra diferente y, sin embargo, también marinera como la de Málaga, dejada atrás en el horizonte. En «Olor a tierra» quiere agradecer al mar lo que le ha inspirado, diciendo:

Lo que sí quiero ya
es ver el mar desde la tierra, lleno
de la poesía que me cedió pasando
y ofreciéndomela en olas sosegadas.

²⁰ *Ibid.*, p. 65.

²¹ *Ibid.*, p. 55.

²² *Ibid.*, p. 67.

²³ *Ibid.*, p. 56.

Andar por sendas con retorno
aunque cercadas por las ramas verdes.
Y sentir las campanas de la tarde
diluirse en el mar desde los montes.

Y como despedida añade:

Mas no quisiera, mar, dejarte luego
sin saber que también tú me recuerdas ²⁴.

Este recuerdo se convierte en exigente anhelo en la última composición del libro después de pisar tierra firme, al exclamar en «Puerto»:

Ya no es el mar de antes
este que corta el barco.
No es el sosiego aquel este sosiego.
No. ¡Este mar no es el mío!
Tierra. Pronto, la tierra,
para pisar en recio, firmemente,
para correr entre pinares altos
hasta llegar a alguna costa brava
donde encuentre otro mar como el que dejo ²⁵.

Los dos libros siguientes tienen importancia especial para comprender la influencia de América en la poesía de este autor. Como él mismo escribe, «entre los años 1933 y 1936, aclimatado y felizmente adaptado al bello país que con tanta amistad me acogió, escribí más poesía que en la época de mis viajes europeos. De este trienio salieron dos libros muy diferentes: uno, *Plural belleza*, dividido en tres partes (El amante, El luchador, El jugador), al que aún considero, quizá con exceso afectivo de creador, como uno de los frutos más logrados de mi trabajo poético» ²⁶, y el segundo, *Romances americanos*, en que la poesía brota «al impulso de la contemplación de la naturaleza que me iba descubriendo América en mi caminar por sus tierras» ²⁷.

En 1938, de vuelta en Chile después de la guerra civil española, publicó otros dos libros: *Olvido apasionado* ²⁸ y *Del nuevo amor* ²⁹. El primero nos muestra la ruptura de la gran pasión que había sentido durante diez años y que incluso le había arrastrado a abandonar el

²⁴ *Ibid.*, p. 73.

²⁵ *Ibid.*, p. 74.

²⁶ *Ibid.*, p. 77.

²⁷ *Ibid.*, p. 111.

²⁸ JOSÉ MARÍA SOUVIRÓN, *Olvido apasionado*, Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1941.

²⁹ JOSÉ MARÍA SOUVIRÓN, *Del nuevo amor*, Imprenta Universitaria, Santiago de Chile, 1943.

litoral europeo y español. El segundo trata del nacimiento de un nuevo amor, «acaso no exactamente otro», que surge después de un tiempo de oscuridad y desconcierto, en el que su poesía y su vida entran en una fase más contemplativa y ardorosa de «camino hacia Dios», como él mismo declara.

Estos cuatro libros de Souvirón, escritos durante su estancia en América, quedan separados involuntariamente con el viaje a España en dos grupos claramente distintivos. El segundo de ellos, en que expresa su sentimiento amoroso con sus alegrías y descalabros, tiene a su vez dos etapas. En la primera notamos diferentes estados anímicos de angustia, depresión, optimismo, exhuberancia y exaltación, para terminar en la segunda con el hallazgo de un nuevo amor que le recuerda el pasado. Un pasado ocurrido y vivido precisamente en tierras americanas y al que el poeta fue llevado por la pasión vivísima que le produjo una mujer de ese continente que le hizo escribir:

Tanto te quiero, que hasta la ternura
para la que no estoy acostumbrado,
puedo encontrarla en el apasionado
amor, que tu belleza me apresura.

...

Te quiero tanto, que, si lo prefieres,
puedo hacerte dormir sobre mi hombro
cuando me pide el corazón abrazos ³⁰.

Estos versos contrastan con los de «Aire de invierno», ya dentro del torbellino del olvido:

Malamente me tiene, y destrozado
destrozado por dentro y removido.
esta tormenta que me deja herido,
herido el interior desarreglado.

...

Estoy resistiendo y resistiendo
y cuando me parece que termino
el temporal arrecia y se descarga ³¹.

Del nuevo amor es la renovada esperanza «que se manifestó en sonetos, como si continuara —en otro terreno, en otros mares y cielos,

³⁰ *Poesía entera*, pp. 131-132.

³¹ *Ibid.*, p. 139.

ahora transformada y sobrecogida— la ineludible necesidad de amar». Un amor que tiene todavía el poso dolorido del recuerdo:

Las deshojadas rosas de mi vida
—que un otoño temprano me agostara—
te las traigo y las pongo sobre el ara,
que aún hay dolor de rosas en mi herida ³².

Es un dolor que se abre a una esperanzada visión del futuro y de olvido absoluto del pasado:

Y eso mismo que ayer amaba en parte,
hoy lo amo totalmente al encontrarte
Centro de Amor perfecto y desgarrado ³³.

Más adelante, una vez de vuelta permanente en España, el estado espiritual del poeta muestra un recuerdo lejano, nostálgico de la tierra que dejó, como en «Poema enviado en un disco» ³⁴, dedicado a su hija:

Aquí tenéis mi voz:
estoy lejos, el cuerpo está muy lejos.
Entre mis manos y las vuestras hay
un ancho mar con islas y con barcos,
un gran cielo con nubes y aviones,
días de navegación, horas de vuelo,
y unas lentas llanuras espaciosas,
y unas montañas altas, sí, tan altas
que nunca el hombre puso pie en sus cumbres.

En otras ocasiones la llegada de sus familiares es alegría y sorpresa. En «Retorno del hijo» exclama, lleno de júbilo:

Tan de súbito vino la alegría
que ni cuenta me di de que llegaba.
Vi al hijo que de pronto se acercaba
y a su esposa, que al lado le seguía ³⁵.

América se ha convertido ahora en el sueño de un recuerdo:

A veces yo soñaba en el invierno:
soñaba con un campo de América lejana
en el que había unos altos eucaliptos esbeltos,
un ceibo luminoso y muchas araucarias ³⁶.

³² *Ibid.*, p. 151.

³³ *Ibid.*, p. 160.

³⁴ *Ibid.*, pp. 313-314.

³⁵ *Ibid.*, p. 392.

³⁶ *Ibid.*, p. 248.

Sin embargo, dejando aparte estos sentimientos íntimos en los que pueden apreciarse sus penas y alegrías, resultado de su larga relación con América, una parte de su obra, ya mencionada, hace referencia física y directa al Nuevo Continente. Es el claro ejemplo del primer grupo de poemas en que dividimos su poesía anteriormente con referencia a América. Esta primera parte la forman las composiciones reunidas en el libro *Romances americanos*³⁷, publicado en Santiago de Chile en 1937. En la corta introducción publicada en la versión de *Poesía entera*, Souvirón expone que los «romances brotaron al impulso de la contemplación de la naturaleza que me iba descubriendo América en mi caminar por sus tierras. Libro más bien pictórico, colección de paisajes», y en las líneas finales añade, significativamente, que «constituye un interludio impresionista en la historia de mi poesía»³⁸. Es decir, no sólo esta parte merece una posición especial dentro de la obra total del poeta, sino que marca una desviación del ritmo de «su pureza normal, el sentimiento religioso y el exquisito cuidado en la elección de la palabra»³⁹, características permanentes de la obra poética de Souvirón.

Sólo dos composiciones en este libro están dedicadas: la primera, «Romance de Valparaíso de noche», al insigne escritor mejicano Alfonso Reyes, y la segunda, «Romance de los mares del Sur», al gran novelista chileno Eduardo Barrios. En ambas se relata, en imágenes sugerentes, la impresión dejada en Souvirón al contemplar estos paisajes. Valparaíso de noche aparece llena de luces colgadas del cielo que a su vez se reflejan en el mar. Es como un rebaño de «mil faroles de cien mil farolas», con su pastor el faro que a su vez ejerce la misión de ser centinela en la oscuridad de la noche:

(Adivino desde el campo
y el mar me dice que es cierto).
Y el nombre: Valparaíso
viene danzando en el viento
y se me mete en los ojos
queriendo dejarme ciego.

...

Todo guardado entre luces
que tres planos van luciendo:
Arriba, luces de estrellas,
abajo, luces de puerto,

³⁷ JOSÉ MARÍA SOUVIRÓN, *Romances americanos*, Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1937.

³⁸ *Poesía entera*, p. 111.

³⁹ *Panorama poético español (1939-1964)*, p. 48.

y más abajo, linternas
bailando en el mar extenso
amenazando apagarse
y conservando su fuego ⁴⁰.

Es una estampa vivida en la que se va descubriendo la ciudad en sus detalles sobresalientes, es decir, en aquellos que más le llamaron la atención y le quedaron permanentemente clavados como una imagen.

«Romance de los mares del Sur» es un poema de fuerza y movimiento. Los protagonistas son el agua, la espuma, las hendiduras y los cantiles, los peces, los pájaros y las olas. Todo ello en una armonía que hace que al final

En el espejo del agua
se miran quietos los pájaros

porque la

Lucha que dura por días
hasta que un cielo más claro
protege veleros tibios
y bergantines dorados.
La tierra entonces se duerme
y el mar, enemigo franco,
le vela el sueño en caricias
y lametones livianos ⁴¹.

Una nota similar, aunque más vaga, ya que se refiere al «Romance de los lagos», sin especificar país o lugar, se advierte también en este poema. Son la naturaleza y el agua, el viento, la barca y la orilla, las plantas y los montes, las piedras de las «transparencias frágiles» y las estrellas grandes, la noche y la tarde. Algunas veces el lago está envuelto en un aire de misterio:

Por las orillas bailaba
un ritmo de soledades
y lo obscuro que venía
hacia más confuso el baile ⁴².

En esa confusión del baile con ritmo de soledades hacen su aparición las estrellas en la inmensidad de la noche:

Cuatro estrellas se asomaron
en los puntos cardinales
y el lago las reflejó
dando espejo a sus afanes ⁴³.

⁴⁰ *Poesía entera*, pp. 114-115.

⁴¹ *Ibid.*, p. 126.

⁴² *Ibid.*, p. 122.

⁴³ *Ibid.*, p. 122.

Sin embargo, donde se despliega una especie de resumen geográfico hispanoamericano es en el «Romance de los nombres», cuyo primer renglón, después del título, «(*Juego, a toda prisa*)», nos indica, quizá, el propósito del autor de componer un poema en el que recorrer, mencionando sólo sus nombres, los lugares que más han llamado su atención en las naciones que ha visitado. Así se habla en él del Orinoco, Chimborazo, Atacama, Jujuy, Catamarca, Huancavélica, Guayaquil, Nahuel y otros muchos sitios en los que

El viento se desespera
y huye hacia el mar, indeciso.

Es un poema en que más que en ninguno de los previamente citados la idea de movimiento, por otra parte presente en todos ellos, sea por el vaivén del agua, por la aparición de las estrellas en los puntos cardinales o por el entrecruce del viento penetrando los pinos y produciendo la «voz de plata de la guitarra» al son del ramaje, destaca de forma predominante:

Pero la gran sinfonía
comienza de pronto: ritmos
que alcanzan el final de orquesta
o tromba en banda de tribu:
Huancavélica, Urubamba,
Paucartambo, Ambato, Chincho ⁴⁴.

En esta parte vuelve a referirse a Centroamérica en el «Romance de Colón en Panamá», en que los colores del sol, el morado del poniente y el negro de la carne humana se mezclan, formando un cuadro distintivo de movimiento y luz en que el lector se siente dentro de un torbellino y «algarabía» de vendedores, violines y sombreros:

Algarabía de negros
vestida de trajes blancos
daba sonrisa a la calle
y carcajadas al campo
y el agua, muerta o dormida
se estaba quieta en un lado,
agua prisionera y sola
entretenida de barcos ⁴⁵.

El color negro predomina en «Romance de los negros», en que se combina con la música de un piano y una marimba:

⁴⁴ *Poesía entera*, p. 124.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 119.

Las puertas del Tupinamba
llenar la calle de risas.
Las bocas de los dos negros,
una es piano, otra marimba.

...

Pasa un coche de caballos,
luego una vieja cansina,
pasa un canasto de frutas
apoyado en una niña
y mientras pasan, las manos
del reloj de la cocina
temblando de indecisión
se juntan al mediodía ⁴⁶.

Para terminar, después de estas breves consideraciones, llegamos a la conclusión de que Souvirón habla de América desde su mundo con profundidad meditativa y en calma. En este aspecto se aparta de la descripción poética de Leopoldo Panero, que con mayor vigor exterior alude a Hispanoamérica a través de una serie de citas concretas. Sin embargo, Souvirón escribe sobre una América dulce, rodeada por el mar, que condiciona en gran manera su paisaje. Es el ritmo, la música, el colorido, la naturaleza, las ciudades, el cielo y astros como el sol o la luna de lo que nos habla. El resultado es una imagen de ensueño, gracia y armonía. Al mismo tiempo, la vitalidad y movimiento —nos atreveríamos a decir en ocasiones trepidante— le imprime una interesante velocidad a la rima que lleva, inconscientemente, a un final siempre vago que deja la sensación de algo sin acabar. Porque esa es la impresión que producen estos poemas: la de que la descripción física de esa América colorista y rítmica es sin fin, pues su música, misterio y elegancia continuará para que otros poetas sigan cantándola.

No obstante, en los poemas en que aparece la angustia amorosa, tanto en su felicidad de amor culminado como en la de la desesperación del olvido, Souvirón se revela como un poeta sensitivo, temperamental e intuitivo. Desde la aproximación expectativa al cruzar el océano hacia las costas suramericanas hasta el encuentro del nuevo amor relata con gran finura y sencillez su vida en esas tierras. Es la descripción de su carácter, reacciones, fracasos y éxitos, que aunque no aparecen explícitamente, sí son situaciones fáciles de notar en una primera lectura.

Y sobre esos estados emocionales que América produce en el poeta, así como por encima de la descripción física del continente y el relato de la propia intimidad del hombre, en la poesía de José Ma-

⁴⁶ *Ibid.*, pp. 116-117.

ría Souvirón resalta, clara y precisamente, su extraordinaria pasión por ella:

Los caminos no terminan
como caminos de cuento
y la última luz que tienen
es la primera: misterio⁴⁷.

ENRIQUE RUIZ-FORNELLS
Universidad de Alabama
(EE. UU.)

⁴⁷ *Ibid.*, p. 114.